

Modificaciones parciales: discursos de resistencia de gays y lesbianas en Estados Unidos

Jorge Ardití
y Amy Hequembourg

(traducción: Elena Casado)

El debate entre militantes gays y lesbianas en Estados Unidos sobre el asimilacionismo —el deseo manifestado por algunos gays y lesbianas de que se les reconozca como «pareja», «madre», «familia», etcétera— muestra a la perfección las dificultades inherentes a los intentos de resistir y cambiar las estructuras de dominación existentes y, además, subraya las paradojas de lo que significa ser agente cuando se reconoce el carácter construido de la subjetividad. Este debate se ha centrado en las opiniones manifestadas por gays y lesbianas radicales para quienes, y creemos que con razón, la asimilación a la corriente dominante implica una «domesticación» de la identidad homosexual, una renuncia a la autodefinición de gays y lesbianas en términos de su deseo y su sustitución por otra basada en su estatus como ciudadano (Goldstein 1997/8; Robson, 1992; Valenzuela, 1997/8; Kitzinger, 1989; Poplin, 1997/8). El deseo de ser reconocidos como pareja normal, como madre normal, como familia normal, implica evidentemente una «normalización» de la identidad gay. Obliga a pasar de la formulación y la experiencia de la identidad gay a partir del deseo —un terreno inestable, no racional y múltiple, que «escapa» a las prácticas de categorización en los términos en los que se constituye la sociedad heterosexual— a otra formulación que acepta y hace suyas las definiciones dominantes.

Así pues, el debate nos plantea algunos interrogantes sobre el significado de la resistencia, la oposición y la lucha en el contexto de un poder dominante y generativo. Lo que gays y lesbianas radicales cuestionan con respecto al asimilacionismo es precisamente su capacidad para resistir, no para someterse, a las estructuras de dominación que constantemente les empujan hacia la normalización. La resistencia en su opinión se lleva a cabo fundamentando la identidad en una esfera, la sexualidad, que viola los cimientos de autodefinición de la sociedad dominante y que rechaza la domesticación de la sexualidad que ésta impone. La afirmación del deseo, la orientación de la existencia personal por el deseo y la práctica de una sexualidad sin restricciones, múltiple y fluida constituyen el núcleo de una identidad que se enfrenta a los modos de ser dominantes

en lo más esencial. Pero la posición de gays y lesbianas radicales, más que zanjar la cuestión de la resistencia y la lucha, señala sus dificultades. Sin negar la validez ni la importancia de esta postura, creemos, sin embargo, que representa sólo una de las múltiples formas de resistencia y lucha. Defendemos que el campo de la resistencia es múltiple, disonante, multilateral y multidimensional, y que es en la acumulación de modificaciones parciales conjuntas—esto es, en una acumulación múltiple, disonante, multilateral y multidimensional de modificaciones parciales— en donde descansa la promesa de un futuro diferente. Sugeriremos que lo que generalmente se denomina asimilacionismo no supone una simple aceptación de las estructuras dominantes sino que, a su manera, el «asimilacionismo» contribuye a cambiar profundamente las prácticas de categorización de la sociedad dominante. El asimilacionismo y la afirmación del deseo son estrategias argumentativamente disonantes y suponen diferentes concepciones de la identidad homosexual; sin embargo, ocupan diferentes espacios en el campo de poder en que se desenvuelven las luchas de gays y lesbianas, contribuyendo cada una de estas estrategias con su pequeña modificación a la transformación de ese campo.

El debate también pone en primer plano la cuestión de la agencia y sus paradojas. La resistencia, en efecto, implica la existencia de un sujeto, al menos parcialmente autónomo, que se opone activamente a las estructuras de dominación y que desarrolla una estrategia sostenida de oposición. La agencia implica algo más que una mera reacción o una simple práctica de apropiación como respuesta a las estructuras de dominación (Poster, 1992:94). Utilizando la formulación de Foucault (Foucault, 1980:95), en ambos casos la resistencia se sitúa en el interior de las estructuras de dominación que generan la opresión y la marginación en las raíces mismas de esa resistencia. La agencia implica, al menos parcialmente, cierta exterioridad con respecto a las estructuras de dominación. Implica, para empezar, la existencia de un sujeto que puede ir más allá del campo de poder que lo constituye como tal sujeto. La formulación de una identidad gay y lesbiana, ya sea en la vertiente de afirmación del deseo o como un medio de forzar que las elecciones sexuales perso-

nales se incluyan en las categorías civiles dominantes, implica una estrategia mediante la que gays y lesbianas se sitúan en un determinado campo de poder y ponen en marcha prácticas de resistencia y lucha. Las paradojas que se derivan de un acto de agencia como éste son evidentes. En primer lugar, como ya ha puesto de manifiesto la mayor parte de la literatura sobre políticas de identidad (Martin, 1988; Gamson, 1996; Butler, 1990), la formulación y articulación de discursos de «asimilación» o «deseo» implican, cada cual a su manera, una cohesión de actores que se presentan como agentes con objetivos comunes. Sin embargo, establecida la articulación sobre esta supuesta coherencia de sujetos e intenciones, aparece inmediatamente una multiplicidad de voces en conflicto que desafía esas afirmaciones. La advertencia que Judith Butler hace a la construcción de identidades feministas puede aplicarse aquí: «Las metas feministas corren el riesgo de fracasar si se niegan a tomar en consideración los poderes constitutivos de sus propias afirmaciones representacionales» (Butler, 1990:4). Efectivamente, forjar una identidad supone elegir entre la multiplicidad de experiencias vividas. Supone reconstruir una experiencia que de por sí es múltiple y dispersa. El peligro es olvidar la multiplicidad, confundir una sola elección con el todo. Más aún, en el proceso de construcción de una identidad, los sujetos se constituyen como agentes internamente coherentes, homogéneos y estables, centrados en torno a un solo elemento, de entre los muchos posibles, que definen como sustancia de su identidad. Tras esto se esconde la reducción del sujeto a la identidad. Los agentes se entienden mejor como posiciones en el campo de poder al que resisten, como estrategias. Conllevan, como la identidad que los define, la solidificación de una selección parcial de experiencias dispersas y heterogéneas y de prácticas de sujetos (que en otro caso no estarían centrados) orientados hacia una meta política entendida en el más amplio sentido del término.

En las páginas siguientes analizaremos este ámbito de estrategias, identidades y agentes múltiples, disonantes y móviles tal y como se manifiestan en el debate sobre el asimilacionismo entre militantes gays y lesbianas.

Antecedentes

Desde la revuelta de Stonewall en 1969, que se puede decir que marca el inicio del movimiento de liberación homosexual en Estados Unidos, las estrategias de resistencia y liberación diseñadas por gays y lesbianas, tanto a título individual como colectivo, han experimentado numerosos cambios. La aparición del SIDA a principios de los años 80 y la reacción de homofobia y discriminación que suscitó —no sólo con discriminaciones en el centro de trabajo, en el acceso a la sanidad pública, en la política de viviendas, etc., sino también en los recursos destinados a luchar contra la enfermedad, en los esfuerzos organizativos, o en la simple voluntad política y económica por parte de las agencias federales y estatales— transformó de manera significativa el carácter del ámbito en el que tenían lugar las luchas por la autoafirmación y la identidad de gays y lesbianas. En el contexto de una hostilidad cruel y paranoide y de ataques políticos financiados para limitar el acceso de gays y lesbianas a los privilegios de la América heterosexual, los grupos gays pusieron en marcha ACT UP¹, una coalición política radical cuyo objetivo es que el gobierno y la industria privada se comprometan más en la lucha contra el SIDA. Las estrategias de ACT UP estaban diseñadas para la confrontación; sus tácticas inusuales, que sorprendieron a muchos americanos, combinaban un puesta en escena de corte anarquista con la resistencia pasiva y con manipulaciones de los medios de comunicación. A pesar de lo escandalosas que sus estrategias resultaron a ojos de la corriente dominante —los americanos heterosexuales—, o quizá precisamente por su naturaleza intencionalmente sorpresiva, demostraron ser efectivas para promover el conocimiento del SIDA a lo largo y ancho del país. Un objetivo central de ACT UP era la información a heterosexuales y homosexuales sobre los riesgos asociados a prácticas sexuales poco seguras en tiempos del SIDA. La buena acogida de ACT UP entre la población, sirvió como catalizador para que proliferaran programas comunitarios dedicados a la amenaza del SIDA. Aunque se centraron en la necesidad de mantener prácticas de sexo seguro para frenar el avance del SIDA, estos progra-

mas, financiados con fondos tanto públicos como privados, contribuyeron a modular las percepciones de las sexualidades homosexual y lesbiana entre muchos americanos y modificaron también la forma de vivir la sexualidad de gran parte de la comunidad homosexual.

Paradójicamente, cuanto mayor fue la aceptación de gays y lesbianas en la América dominante, más visible se hizo la fragmentación en el seno del movimiento homosexual, y, con ella, la multiplicidad de estrategias desarrolladas por los diferentes sectores. Generar un entorno en el que gays y lesbianas se encontraran lo suficientemente libres para vivir su sexualidad en la sociedad heterosexual siguió siendo la única meta común del movimiento. En el mejor de los casos, un movimiento cohesionado forzaría el cambio en un entorno enormemente antagonista. Sin embargo, esta meta común se complica cuando se tiene en cuenta la diversidad de medios propuestos para alcanzarla. La cuestión a la que se enfrentan los diferentes grupos no es meramente táctica; sino que se refiere, sobre todo, a si la unidad y la cohesión son posibles, o incluso deseables, en una época de diferencias derivadas de la raza, la etnia, el género, la orientación sexual, etcétera. Las dos líneas estratégicas fundamentales en el debate sobre el asimilacionismo representan los dos polos de esta cuestión: una pretende alcanzar una ruptura radical con la política del pasado, reafirmando de este modo la diferencia; la otra defiende que la igualdad puede alcanzarse más fácilmente mediante la transformación de las estructuras existentes para acomodarlas a las necesidades de gays y lesbianas, reafirmando de este modo la similitud. En un artículo publicado en *Newsweek* el 12 de marzo de 1990, Margin Bauml Duberman presenta elocuentemente esta tensión: «Tienes que minimizar tu diferencia con la corriente dominante para ganar aceptación. Pero de hecho el valor de la subcultura reside precisamente en ese carácter diferencial». (en Salholz et al., 1990: 24).

El debate

Bruce Bawer resume la lógica que subyace a las estrategias de semejanza y asimilación: «Existen grupos

gays porque hay un prejuicio anti-gay. Si las relaciones gays se aceptaran y tuvieran el mismo estatus moral y legal que los matrimonios heterosexuales, y si a los niños homosexuales se les educara para estar tan cómodos con su sexualidad como los niños heterosexuales y se les transmitieran rituales de emparejamiento comparables a los de éstos, gran parte de lo que denominamos «subcultura gay» desaparecería. Gays y lesbianas seguirían atrayéndose romántica o sexualmente, pero no habría nada que uniera a todos los homosexuales en bares o restaurantes gays, en iglesias o sinagogas gays, o en los programas de Estudios Gays. Es precisamente porque existe un prejuicio anti-gay por lo que algunos gays, al intentar protegerse, se unen a la subcultura gay, se aferran a su identidad sexual, y, en algunos casos, como consecuencia, empiezan a quedarse absortos en el sexo» (Bawer, 1993: 86). Según Bawer, gays y lesbianas pueden dividirse en dos grandes grupos: quienes como él mismo pretenden conseguir un acceso igualitario a los privilegios heterosexuales y quienes pretenden proclamar una identidad sexual opuesta a la de los americanos heterosexuales y que conlleva la existencia de estándares diferenciados para gays y lesbianas. Bawer hace referencia en numerosas ocasiones a las acciones de los «gays radicales» que construyen un «fenómeno subcultural» mediante «acciones políticas imprudentes, necias payasadas públicas, o juegos acrobáticos irresponsables [que] ayudan a perpetuar imágenes ofensivas de la homosexualidad» (Bawer, 1993: 89). Es especialmente crítico con las demostraciones públicas de este «fenómeno subcultural» en las actividades del día del Orgullo Gay. «El día del Orgullo Gay es una oportunidad única para mostrar la cara real de la América gay, para demostrar que la población gay está presente en cualquier corte transversal de la sociedad: blancos y negros, urbanos y rurales, ricos y pobres. Si la población gay enseñara su verdadero rostro en el día del Orgullo Gay, no parecerían extraños a nadie. Pero, por el contrario, la marcha representó a la América gay mediante lo que a veces parecía un verdadero pasacalles circense, un pasacalles que subrayaba con demasiada insistencia el aspecto sexual de la vida gay, poniendo el acento en los elementos más sórdidos de ese aspecto sexual. Presentó a los homosexuales no tanto como seres

humanos, sino como seres *sexuales*» (Bawer, 1993: 156, cursiva en el original)

El argumento a favor de la asimilación se deriva de forma casi natural. «Parejas gays comprometidas existen a millones», afirma Bawer, «y es indudable que a los estados les interesa más que los homosexuales vivan en pareja en lugar de vivir solos y acostarse con cualquiera; ¿por qué, entonces, el estado no debería reconocer esas relaciones como lo hace con los compromisos heterosexuales?» (Bawer, 1993: 146). Bawer expresa el sentimiento de muchos gays y lesbianas que sienten que su experiencia de normalidad difiere poco de la de quienes dictan la norma heterosexual. Hay quien habla de la necesidad de «integrar la realidad de que muchas lesbianas y muchos gays están comprometidos en relaciones afectivas estables e íntimas que no se diferencian en nada de las mantenidas por heterosexuales» (Dalton, 1991: 4).

La dimensión estratégica de los discursos asimilacionistas salta a la vista, por ejemplo, cuando se esgrimen para defender las familias encabezadas por gays y lesbianas. Gran parte de las investigaciones sobre madres lesbianas en los años 80 y a principios de los años 90 se centraba en las diferencias y similitudes entre niños educados en familias encabezadas por lesbianas y los educados en familias encabezadas por heterosexuales (ver Victor Fish, 1995, para una revisión de muchos de estos estudios). Los resultados, de manera casi uniforme, fueron similares y fueron adoptadas rápidamente por madres lesbianas y padres gays en los juicios por la custodia. La eficacia de esta estrategia era obvia. En el caso de la custodia de un niño llamado Evan (597 N.Y.S.2d. 997, 999 [Sur. Ct. 1992]), por ejemplo, el juez utilizó explícitamente este razonamiento como fundamento para su decisión: «Los demandantes están en una relación estable. Dan a Evan el mejor cuidado y apoyo que puede dar una relación marital y ellos solicitan la adopción por parte del segundo miembro de la pareja por las mismas razones de estabilidad y reconocimiento que argüiría cualquier otra pareja»

Obviamente, la estrategia asimilacionista utilizada en este caso representa sólo una de las múltiples tácticas utilizadas por gays y lesbianas para conseguir reformas legales. El asimilacionismo se acercaría al tipo de estrategias que Craig Christensen denomina de «ordenamiento público: reconocimiento de entidades»,

en el que se enfatiza el «reconocimiento legal de la entidad familiar como tal —sea del una pareja del mismo sexo o una relación entre un padre gay o una madre lesbiana y su hijo— con derechos y deberes derivados inexorablemente del estado civil» (Christensen, 1997: 1320). El núcleo del argumento puede resumirse así: «no somos tan diferentes de ti, así que, por lo menos, danos lo que tú tienes» (Andrews, 1995: 359). Como señala Christensen, a pesar de que muchos reformadores de la aplicación del ordenamiento público desapruaban sus intentos de acomodación, «es posible ver el reconocimiento legal de las familias encabezadas por gays y lesbianas como declaradamente asimilacionista. Efectivamente, la «normalidad» convencional de la entidad familiar (a todos los respectos excepto la orientación sexual) puede ser crucial para acceder a la adopción compartida» (Christensen, 1997: 1322). Más tarde discutiremos si relacionar asimilacionismo con acomodación es justo o no en un nivel estratégico —una relación que sus defensores niegan—. Como sugeríamos en la introducción, a pesar del conservadurismo evidente que la etiqueta «asimilacionista» conlleva, esta estrategia no sólo ayuda a ganar batallas legales, sino que también ayuda a subvertir astuta e insidiosamente el orden cívico mismo al que supuestamente se acoge. Pero antes de desarrollar esta cuestión es necesario discutir algunas de las alternativas a las tácticas utilizadas por los asimilacionistas.

A diferencia de las estrategias asimilacionistas que tienen como objetivo asegurar la igualdad mediante la ley, otras estrategias, por su parte, intentan dar al traste con las categorías legales que determinan quién puede casarse. Este es el caso de las estrategias desarrolladas por los grupos que persiguen un ordenamiento civil privado de sus derechos (Christensen, 1997: 1318), opuesto al ordenamiento público. La reivindicación de un ordenamiento privado de los derechos subvierte las categorías civiles sobre las que se sustentan, en general, los derechos maritales y familiares, en la sociedad civil dominante. Según estos grupos, las estrategias asimilacionistas que se basan en las categorías civiles existentes no serían capaces de «reconocer legitimidad a formas alternativas de familia que no se centran exclusivamente en uniones de pareja» (Christensen, 1997: 1319). Paula Eterlbrick expone sucinta-

mente tanto la crítica al asimilacionismo como la lógica de las estrategias de ordenamiento privado. «Si las leyes cambiaran mañana y lesbianas y gays pudieran casarse,» se pregunta, «¿dónde encontraríamos el incentivo para seguir con el movimiento progresivo que iniciamos por el reconocimiento social y legal de todo tipo de relaciones familiares? O ¿dónde encontraríamos el incentivo para crear otras opciones y alternativas?» (Ettelbrick, 1989: 17). «Ser *queer*² es algo más que compartir una casa, dormir con una persona del mismo género, y buscar la aprobación del estado para hacerlo. [...] Ser *queer* significa insistir en los parámetros del sexo, la sexualidad y la familia, y en ese proceso transformar la estructura de la sociedad» (Ettelbrick, 1989: 14). Celia Kitzinger expresa una opinión similar. Describe las estrategias de la asimilación como estrategias informadas por «un marco ideológico coherente —caracterizado aquí como liberal humanista— que pone el énfasis en el hecho de que la lesbiana es ante todo una persona y, con ello, la naturaleza relativamente trivial de su preferencia sexual: el liberal-humanista rechaza las clasificaciones que encasillan a la gente en compartimentos etiquetados y enfatiza que la lesbiana no debería estar segregada como si fuera una especie extraña, sino que se la debería aceptar como parte de la humanidad en toda su rica variedad» (Kitzinger, 1989: 85). A pesar de todo, Kitzinger sugiere que los intentos de acomodar la identidad lesbiana a los patrones de la sociedad dominante son peligrosos porque «reflejan una ideología socialmente sedimentada que funciona como instrumento de control social, al despolitizar el lesbianismo, y al anular, por tanto, la amenaza que éste representa para las instituciones reificadas del orden social y moral dominante. Esas identidades lesbianas están activamente animadas y promovidas por representantes del orden dominante porque refuerzan y dan por válida su retórica moral» (Kitzinger, 1989: 86).

Los gays y lesbianas partidarios de una persuasión «radical» no asimilacionista formularon diversas estrategias alternativas a lo que pensaban que conducía la inevitable domesticación de lo que diferenciaba sus estilos de vida: su sexualidad y la especificidad de su deseo. Para estos grupos, transformar la «estructura de la sociedad» (Ettelbrick, 1989: 14) se convertía en algo fundamental para sus

intenciones de afirmar el deseo en el contexto cultural. Su propósito no se limitaba ni entonces ni hoy a «afirmar» su deseo en abstracto, sino que pretendía, y sigue pretendiendo, entretejer el «deseo» en la propia estructura de la sociedad. Entre las más asertivas de estas estrategias está un primer lema de ACT UP que equiparó silencio y muerte [«*silence=death*»]. Hoy muchos grupos radicales han continuado haciéndose eco de las preocupaciones señaladas por esos primeros activistas ACT UP, mientras que otros defienden que las transformaciones conseguidas por esos grupos han generado, paradójicamente, una mayor marginación y silenciación del deseo homosexual y lésbico. Los más ruidosos critican hoy las estrategias de disminución del riesgo en la lucha contra el SIDA por no incorporar elementos del deseo y el erotismo en sus marcos conceptuales ni, por tanto, en sus acciones políticas. Grupos como Sex Panic denuncian los discursos epidemiológicos por silenciar el deseo gay como una forma de reducir la expansión del SIDA, una estrategia que según Sex Panic está agrediendo a la cultura gay. Miembros de esta coalición, compuesta mayoritariamente por hombres, están de acuerdo en que la comunidad gay debe ser consciente de los riesgos de la infección del VIH, pero defienden al mismo tiempo que el miedo al SIDA no debe hacer desaparecer la historia de la comunidad, una historia en la que el deseo sexual se presenta como elemento fundacional.

En un artículo reciente del *Gay Community News* (Otoño/Invierno, 1997-98), Tony Valenzuela presenta esta posición claramente. Defiende un activismo político que parta de la creencia de que lo «*queer* tiene una oportunidad única para reformular los valores y la ética tradicionales, especialmente las normas sexuales y las convenciones referentes al género, desde una óptica completamente diferente que pueda enseñar a la gente a permitirse desplegar su imaginación y perseguir sus deseos sin miedo a ser juzgados» (Valenzuela, 1997-8: 49). Los enemigos fundamentales en la consecución de este objetivo, por supuesto, no son los grupos que trabajan sobre el SIDA —bien intencionados aunque últimamente algo erosivos—, ni la sociedad heterosexual dominante, sino los asimilacionistas, «gays y lesbianas poderosos e influyentes [que] obstaculizan la libre expresión del deseo sexual, con una política restrictiva en lo

referente a clubes y casas de masajes, con historias mediáticas sensacionalistas que favorecen un clima en el que los gays promiscuos son los chivos expiatorios de la continua expansión del VIH, confabulándose con la heterosexualidad dominante al etiquetarnos a algunos de nosotros como malos gays o incluso diciendo que no somos verdaderos gays por no seguir las convenciones sexuales a las que según los *queers* conservadores y los heterosexuales modélicos deberíamos atenernos» (Valenzuela, 1997-98: 50). Como otros miembros de Sex Panic, Valenzuela sugiere que el camino más viable para la liberación gay pasa por una ruptura radical con las formas tradicionales de entender la sexualidad: lo *queer* representa la voz que puede articular las opciones disponibles para reestructurar una realidad social sexualmente más liberadora. De acuerdo con Valenzuela, las oportunidades para reconocer el potencial liberador están siendo silenciadas por los discursos, algunos bienintencionados y otros no tanto, que pretenden proteger a la comunidad gay de sí misma. Pone el énfasis en este aspecto cuando relata su viaje personal por la seroconversión. Al referirse a las estrategias mejor intencionadas de la gente comprometida con el SIDA, dice, «he comprendido que las soluciones propuestas por quienes trabajan en la prevención del SIDA y que se suponía que me intentaban proteger del VIH, en realidad me defraudaban, ni me hablaban ni me permitían hablar de cómo me sentía o de lo que estaba haciendo, con todas sus consecuencias dolorosas. Para entender mis propias acciones me alejé de la búsqueda de soluciones preventivas al VIH. Me sitúe en medio de la anarquía VIH, tratando de entender ahí el riesgo y el deseo, el placer de hacérselo a pelo, el interés que encontraba en la promiscuidad. Incluso hoy, en nombre de la responsabilidad, la mayoría de la gente quiere encontrar formas para decir no a cualquier tipo de riesgo. Sigo diciendo que el mayor obstáculo para la responsabilidad sexual es la represión sexual» (Valenzuela, 1997-98: 52).

Elaborando estrategias

P

ara este artículo, la cuestión no es, evidentemente, si los radicales tienen o no razón en su crítica a los

llamados asimilacionistas. Lo que parece obvio es que cada grupo privilegia un tipo de experiencia de las múltiples, dispersas, disonantes y a menudo contradictorias experiencias de los gays y las lesbianas. Como cualquier otra cultura, la cultura gay y lesbiana, o mejor dicho, las culturas gays y lesbianas (puesto que no deberíamos asumir la existencia de una cultura gay y lesbiana) cubre un campo disperso, abierto y no unitario de prácticas y cosas. Como aprendimos hace ya mucho tiempo de Michel Foucault (1970, 1972), la experiencia vivida es dispersa, fluida, discontinua y es sólo el «discurso», esto es, el «poder», quien la «ordena». Lo que llamamos campo de poder resulta de tal ordenamiento por el poder. Es un espacio de cosas, en cualquier otro caso dispersas, ordenadas por categorías y límites definidos por ese poder, con las que ese mismo poder se actualiza. A la luz de esto, el poder se expresa como una estrategia para ordenar, asociar y, por tanto, definir la diferencia y la alteridad. Es una estrategia por la que dos «cosas» pasan a formar parte de la misma categoría y como consecuencia de ello pasan a ser diferentes de otras, en la medida en que ellas mismas se transforman. La asociación está en función del propio acto de asociar, no de una similitud esencial entre las cosas. La formulación de identidades colectivas está en el centro del nexo cultura/poder, de una cultura dispersa y de un poder que ordena y cuyas manifestaciones actuales son variables. En este sentido, las identidades colectivas no son «cosas» de la misma forma que una expresión específica del deseo no puede considerarse una «cosa». Lo que el poder ordena, categoriza, afirma, intenta silenciar, o genera no es parte de la dispersión de «cosas». Son estrategias que ayudan a que un poder se manifieste o que, rechazando, subvirtiendo y transformando el orden existente de las cosas, ayudan a resistir. Teorizar las identidades culturales como «cosas» es en sí mismo una estrategia de hegemonía: es una reificación que oscurece el poder y sus operaciones, una ficción que disfraza lo construido de esencias, lo estratégico de absoluto, que presenta la dominación y la violencia como parte del orden de las cosas.

Las identidades colectivas implican la transferencia y la reconstrucción, y a menudo la manipulación, de la experiencia de cosas dispersas en un campo de poder, un campo dentro

del cual las relaciones de poder entre grupos se definen, establecen y homogeneizan, pero donde también se contestan, resisten y transforman. Lo que llamamos cultura, en el sentido antropológico del término, es análogo a esta experiencia. Es el agregado de todas las cosas lo que construye nuestras vidas diarias, la práctica de lo que forja nuestras cuerpos y nuestras mentes. La cultura construye un «nosotros», o mejor dicho, una multiplicidad de «nosotros» puesto que la experiencia vivida varía de acuerdo con el género, la raza, la clase, la orientación sexual, etc. Lo que llamamos «identidad cultural» recoge esos «nosotros» implícitos que no necesitan hablar de sí mismos, que existen en la propia experiencia—esto es, entre otras cosas, a lo que Bourdieu se refiere con el término *habitus*—y los transforma en unos «nosotros» dotados de conciencia. En cierto sentido, la identidad elimina la experiencia en sí misma y la define en relación con un «otro», un «otro» que tiene una posición determinada en ese campo de poder. La definición es estratégica, es un instrumento que permite al grupo maniobrar dentro de un campo particular de poder.

Por supuesto, la realidad es más compleja. Los elementos que componen la cultura y la experiencia nunca están completamente dispersos. Las cosas están siempre parcialmente ordenadas y parcialmente constituidas por un poder. Nuestra experiencia siempre incluye un cierto orden efecto de ese poder, y, por tanto, siempre incluye las violencias por las que se ha establecido ese orden. Los cuerpos y las mentes están inevitablemente marcados por esos ejercicios de violencia, que existen en lo más profundo de nuestros hábitos. Los campos de poder que forman son también más complejos. Como sugiere la impresionante serie de luchas desarrolladas por gays y lesbianas, los campos de poder son multidimensionales, cada grupo se define en relación con muchos otros que ocupan posiciones enormemente diferentes en ese campo; el posicionamiento mismo de estos otros en relación con cualquier otro pasa a ser parte de las estrategias de los diferentes grupos. La fuerza fundacional del campo de poder es la «sociedad dominante»—aunque, por supuesto, no existe una «sociedad dominante» como tal, como si todos lo heterosexuales tuvieran una relación idéntica con ella o una práctica sexual similar—. Pero,

en cualquier caso, es el orden de la sexualidad impuesto por una heterosexualidad diversa lo que está en la base del campo al que gays y lesbianas se oponen e intentan transformar. Es un campo constituido sobre la imagen de la heterosexualidad: las líneas de demarcación de lo «idéntico» y del «otro», los principios de inclusión y exclusión, los patrones de normalidad, el conjunto básico de posiciones estratégicas, todo ello determinado por las definiciones, los dualismos y las prácticas inherentes a las formas dominantes de heterosexualidad en nuestra sociedad. En tanto que sujetos, los gays y las lesbianas están inevitablemente en el interior de este campo, necesariamente marcado por sus violencias, pero necesariamente constituido, aunque parcialmente, por sus efectos generativos. Las exclusiones del campo permanecen efectivamente siempre en su interior. Son parte integral del campo y ayudan a formarlo. Y es este carácter interno, creemos, lo que se pone de manifiesto con el abanico de estrategias desplegadas por los diversos grupos.

Las estrategias centrales en el debate sobre el asimilacionismo representan dos posiciones paradigmáticas contradictorias en el contexto de este campo fundacional. Las estrategias que se elaboran a partir de la afirmación del deseo parten de un intento de escapar del campo que construye a los activistas como sujetos. Suponen la conceptualización de un sujeto autónomo, de un aspecto de la existencia gay y lesbiana que puede definirse como «libre», que puede considerarse independiente respecto a cualquier poder constitutivo ajeno a esa experiencia. De ahí que se privilegie ese aspecto de la existencia gay y lesbiana que, al menos en principio, puede construirse y practicarse, de forma que constantemente se transgredan las fronteras marcadas por la heterosexualidad dominante. Las estrategias denominadas asimilacionistas, por el contrario, pretenden forzar a la heterosexualidad normativa a abrirse a las sexualidades gay y lesbiana. Pretenden transformar el campo fundacional mismo que los identifica como «otros», cambiar los parámetros de las categorías civiles, hacer desaparecer las diferencias entre los idénticos y los otros, expandiendo los límites de la «identidad». Privilegiar las prácticas y los comportamientos más cercanos a los modelos heterosexuales dominantes —la afirmación de la «familia»

y la «pareja», la privatización de la sexualidad, la separación de la esfera sexual de las demás—, por tanto, sus consecuencias. La cuestión, sin embargo, no es si una de las estrategias es más «correcta» que la otra, o si es más «apropiada» en sus efectos, o si se hace más justicia a los gays y lesbianas al poner por delante su especificidad. A fin de cuentas, cada una presenta sus propias paradojas, y cada una construye en su nombre una reivindicación creíble.

Las estrategias basadas en la afirmación del deseo y en la conceptualización de un sujeto autónomo no están obviamente exentas de problemas, pues difícilmente puede defenderse el concepto mismo de sujeto autónomo, concebido como algo diferente a un «mito» estratégico. Tomada en su sentido literal, la idea de un sujeto autónomo implica una noción tremendamente problemática y contradictoria —lo que en este caso es localizar la autonomía en la afirmación de un deseo construido—, que, para empezar, nos lleva de nuevo a las dificultades relacionadas con la conceptualización de la agencia. Recogiendo la formulación de Mark Poster a propósito de las paradojas implícitas en esta idea, se supone, en primer lugar, que el agente es, efectivamente, autónomo con respecto a lo que le define como sujeto, que es exactamente lo que teórica y políticamente no se debería presuponer, aquello que, aunque sea paradójico, debería ser trascendido. Bidy Martin expresa esta ironía desde una perspectiva básicamente similar a la de gays y lesbianas radicales: «Insistir [...] en la idea de más y más sexo y en una mayor libertad para hablar de ello es aislar la sexualidad y aislarnos nosotros mismos, es malinterpretar la «sexualidad» mediante formas que permitan la sistematización y la regulación del deseo con fines políticos y sociales determinados (Martin, 1988: 9). Como Foucault señaló hace tiempo, la sexualidad, la identidad y la subjetividad están profundamente imbricadas y entran en escena sólo mediante estrategias y prácticas discursivas; no existen fuera del lenguaje o antes que él. «Sexualidad e identidad sólo pueden entenderse», nos recuerda Martin, «en términos de las formas complejas y generalmente paradójicas en las que los placeres, saberes y poderes se producen y disciplinan en el lenguaje, y se institucionalizan en diversos campos sociales. Nuestra tarea, entonces, no es buscar la verdad sobre la sexualidad, sino preguntar qué hay en

el fondo de la cuestión histórica, en la compulsión a hablar de lo indecible» (Martin, 1988: 9).

La teoría *queer* es el intento más importante de superar esta dificultad. Como acercamiento desarrollado por académicos y activistas, completamente conscientes de la contradicción inherente a la asunción de un sujeto autónomo, la teoría *queer* intenta articular una comprensión de la afirmación del deseo que no caiga en la ingenuidad teórica. En su orientación estratégica, los y las teóricas *queer* adoptan la perspectiva de los anti-asimilacionistas y repiten las críticas al asimilacionismo a las que hicimos referencia más arriba. Pero adoptan la estrategia de afirmación del deseo en un nivel diferente que pretende desestabilizar todo, no sólo la sexualidad, y a todos, incluidos ellos mismos. Gays y lesbianas tomaron el término «*queer*»³ como un movimiento político, como «un acto de reclamación lingüística, por el que un grupo estigmatizado se apropia de un término peyorativo para negar los términos del poder que los daña» (Epstein, 1994: 195). Su táctica se basa en la provocación, una provocación en la que, en palabras de uno de sus mayores defensores, «se presionan constantemente los límites de la tolerancia liberal. Sin embargo, si una política de confrontación (por ejemplo, una «besada» de parejas del mismo sexo en un bar frecuentado por heterosexuales) puede servir para afirmar la diferencia, también pretende subvertir las normas convencionales. Este impulso transformador (hacia el «exterior») coexiste con el énfasis en la anti-asimilación y en la automarginación (hacia el «interior»)» (Epstein, 1994: 195). Es una «política de carnaval, de transgresión y parodia que lleva a la deconstrucción, al descentramiento [y] a lecturas revisionistas» (Stein y Plummer, 1994: 181-2). Se puede discutir hasta qué punto una política de este tipo alcanza alguna transformación «productiva», pero la cuestión para los teóricos *queer* no es tanto recrear algo como generar, precisamente, un terreno descentrado e inestable que no se traduzca en nada fijo. Y es precisamente este impulso hacia lo descentrado, la inestabilidad, y la fluidez lo que, según ellos, permite salvar la paradoja fundamental implícita en el concepto de un sujeto autónomo de deseo. El impulso descentrador y desestabilizador que subyace a las estrategias de provocación permite apreciar la fluidez sexual en la experien-

cia y genera una base para un acercamiento decididamente deconstruccionista a las sexualidades. La teoría *queer* desafía la confianza en dualismos conceptuales, sugiriendo que esos pares binarios son herramientas de las fuerzas hegemónicas para situar al «otro» en relación con una «mayoría» que conduce a la perpetuación de nociones de centramiento y estabilidad. Por el contrario, se promueve una «problematización de las categorías sexuales y de género, y de las identidades en general» y «una voluntad» para interrogar áreas que normalmente no se verían como terreno de la sexualidad y para presentar «lecturas» *queer* de textos ostensiblemente heterosexuales o no sexualizados» (Stein y Plummer, 1994: 181-2).

Lo *queer* se convierte en una herramienta política que se mantiene en constante flujo, incluido el continuo cuestionamiento de sus propios terrenos discursivos y prácticos. Más que reificar o ignorar el carácter construido de su propio deseo, los teóricos *queer* intentan llevar al infinito las dificultades señaladas por sus prácticas y sus discursos. Exageran la conmoción que instigan, construyen sobre ella y la vuelven contra sí mismos, «quitando la alfombra de bajo los pies, sin saber como y dónde se aterrizará» (Gamson, 1996: 404).

Pero si la teoría *queer* parece aplicarse a la paradoja de la agencia y presenta una posición atractiva para superarla, la pregunta sobre su efectividad como estrategia de transformación se mantiene. No estamos cuestionando la validez de una estrategia de carnaval y transgresión en la política en general. Al contrario, la transgresión juega un papel fundamental con respecto al objetivo general de socavar el campo de poder en el que se desenvuelven las realidades gays y lesbianas, manteniendo vivos los ideales de una política de la diferencia y previniendo cualquier estabilización eventual. Lo que queremos destacar son las limitaciones de la transgresión: la transgresión es sólo parte de la miríada de estrategias de resistencia y cambio del orden establecido, pero no la única. Otras estrategias, el asimilacionismo entre ellas, son, desde nuestro punto de vista, igualmente necesarias. Las limitaciones de una política de transgresión y carnaval han sido claramente expuestas por Elizabeth Wilson (1993). Wilson defiende que las estrategias de transgresión implican de hecho una forma de política negativa y opositiva, y se

pregunta, retóricamente, qué implican (Wilson, 1993: 109). Su respuesta es sugerente, por lo que la reproducimos íntegramente: «La transgresión tiene algo de círculo de Sade», escribe, «casi como si una noción de blasfemia estuviera escondida en alguna parte. En términos seculares, lo que implica es una burla de las reglas, o de una regla, un desafío radical a lo prescrito. Además, en la medida en que el único verdadero blasfemo es el individuo que realmente cree en Dios, la transgresión depende de, o incluso puede reforzar, interpretaciones convencionales de lo que va a transgredirse. [...] Sin embargo, quizá la transgresión expresa mejor o es más adecuada para una forma minoritaria de política. Al arrojar el guante de la transgresión nosotros –sea quien sea ese nosotros en cada momento– estamos diciendo: nos exponemos a vuestra hipocresía; no queremos ser como vosotros. Se define así una diferencia y una separación. Pero, ¿qué implica exactamente renunciar a una política inclusiva? ¿Estamos simplemente reafirmando las fronteras de nuestro propio gueto, paradójicamente, al mismo tiempo que intentamos superarlas, transgredirlas?» (Wilson, 1993: 109-10). Y entonces añade: «si bien nunca negaría la importancia o el impacto de la transgresión, creo que sólo puede ser una táctica, nunca una forma de hacer política en sí misma [...]. Transgredimos para insistir en que estamos ahí, que existimos, y para marcar una cierta distancia entre nosotros y la cultura dominante. Pero tenemos que ir más lejos; debemos tener alguna idea sobre de qué otro modo podrían ser las cosas o, de lo contrario, la transgresión se convierte en una simple pose. En otras palabras, la transgresión de por sí conduce a la entropía, a no ser que contemos con alguna idea de transformación. Por lo tanto no es la transgresión la que debería ser nuestro lema, sino la transformación» (Wilson, 1993: 116). ¿Hasta qué punto las prácticas *queer* impregnan a la sociedad? ¿Hasta qué punto afecta el «carnaval» a más gente de la que participa en él? Estas son algunas preguntas importantes que siguen sin respuesta.

Obviamente, ninguno de los efectos desestabilizadores que podamos identificar con una política de transgresión pueden asociarse con una estrategia de «asimilación» –el punto es evidente y lo hemos discutido pormenorizadamente–. La dificultad fundamental estriba pre-

cisamente en que al pretender hacer desaparecer las marcas que señalan su alteridad, corren el riesgo de dejar de ser lo que son, es decir, en su deseo de que se acepte su alteridad se corre el peligro de convertirse en parte de lo «mismo» (tienen que pasar a ser forzosamente parte de lo «mismo», según afirman los sectores radicales). Efectivamente, la paradoja es real y la advertencia de los radicales es definitivamente legítima. Pero la paradoja implica una dificultad, no una certeza, ya que la posición de los radicales es producto de su situación y sus elecciones estratégicas están dentro del campo global de poder. Desde la perspectiva de una política de la transgresión, cualquier acción que no viole «lo mismo» lleva a identificarse con «lo mismo». Contribuye a la estabilidad del campo básico de poder, y es una consecuencia igualmente perniciosa para la consecución de sus objetivos. Para los radicales el asimilacionismo pasa a engrosar las filas del enemigo, quizá aún más por desafiar directamente la definición de la identidad gay y lesbiana, un desafío que emana, insistamos, del diferente conjunto de «cosas» que los asimilacionistas seleccionan para construirse como gays y lesbianas.

A pesar de todo, la posición de los asimilacionistas implica una cierta ambigüedad en su potencial para desafiar lo noción de lo «idéntico». Afirmar que su posición conduce de manera inevitable al asimilacionismo en el sentido más estricto del término –como una absorción completa en el seno de una «identidad» inmodificable y por tanto como una pérdida de especificidad– implica considerar inalterables las definiciones hegemónicas de la identidad. Se trata de una asunción, cuando menos, problemática. Kath Weston lo señala perfectamente: «Puesto que la familia no es una institución estática, sino una categoría cultural que puede representar la asimilación o el desafío (de nuevo, según el contexto), no puede darse una respuesta definitiva al debate sobre el asimilacionismo. Más que representar una variación cristalizada de alguna forma míticamente dominante de parentesco, las familias gays introducen simplemente un elemento en un discurso más amplio sobre la familia cuyos significados están continuamente elaborándose en las situaciones cotidianas de conflicto y riesgo, desde las discusiones por las vacaciones y la custodia a las

revelaciones de la identidad gay o lesbiana. [...] La política no es inherente al término «familia» per se, sino a su desarrollo en contextos determinados» (Weston, 1991: 199-200). En este sentido, el asimilacionismo pasa a ser algo diferente a una aceptación rotunda de las categorías existentes. Es una práctica y, en efecto, una estrategia que puede cambiar las categorías que «la corriente dominante» construye, y por tanto tiene el potencial de cambiar los términos mismos sobre los que se levanta la opresión de gays y lesbianas. Cuando las familias de gays y lesbianas pasan a formar parte de la estructura social, es la categoría de familia la que se amplía para incluir, y desplegar, relaciones que antes estuvieron excluidas.

La clave, por supuesto, está en la cuestión de si las estrategias del asimilacionismo tienden a transformar las categorías de la sociedad civil o se arriesgan a ser cooptadas y, como consecuencia, «domesticadas» por las prácticas de la heterosexualidad normativa. El resultado depende enormemente de cómo se desenvuelvan estas formas alternativas de familia, de cuidado de los hijos y de relaciones de pareja. Y es en relación con esta cuestión donde la afirmación de una multiplicidad de estrategias de resistencia y transformación tiene un sentido práctico y político. Teóricamente, una multiplicidad de estrategias de resistencia reduce el riesgo de la reificación de una identidad construida y de su consiguiente esencialización. Es sólo en esa multiplicidad donde se puede hacer justicia a la variedad de «cosas» que articulan la experiencia gay y lesbiana, y a la diversidad de esas experiencias. En la práctica, ayuda a crear las condiciones para múltiples fisuras y modificaciones, ninguna de las cuales podría tener consecuencias definitivas por sí sola. Sólo mediante la combinación de estrategias, forzando las bases en diferentes direcciones, presionando sobre múltiples puntos, pueden desafiarse esos cimientos. El asimilacionismo conlleva impregnar las categorías cívicas y su potencial transformación; la afirmación del deseo ayuda a mantener abiertas las fronteras de la sexualidad misma, ayudando a que las prácticas gays y lesbianas permeen las categorías civiles y lleguen a ser transformadoras.

En un artículo reciente del *Gay Community News*, Urvashi Vaid reconoce las paradojas

inherentes a la pretensión de la liberación gay y lesbiana: «hay cosas importantes en lo relativo a tener acceso, pero regular nuestras decisiones políticas por miedo a la pérdida de un acceso y respetabilidad recién descubierto es un peligro que no debemos pasar por alto. [...] No hace falta que abandonemos nuestro espíritu *queer* para conseguir algunas ganancias en el mundo material» (Vaid, 1997: 10). Precisamente porque la resistencia no puede subsumirse en ninguna táctica dada y precisamente porque el mismo concepto de resistencia es problemático, es fundamental que reconsideremos el significado de la agencia y su capacidad potencial para iniciar cambios políticos. A pesar de los interrogantes que se abren, no se elimina el potencial de utilizar estrategias diversas para reducir la opresión. Biddy Martin (1988) reformula elocuentemente el deseo de Foucault de seguir siendo optimistas sobre las posibilidades de transformación de las diferentes luchas políticas. Siguiendo a Foucault, sugiere que más que seguir con debates polarizados o considerar cualquier posición como la única entre las muchas disponibles, deberíamos ser sensibles al potencial que se deriva de ocupar posiciones múltiples. Martin sugiere que «sigamos siendo conscientes de las posibilidades de nuevos placeres y nuevas formas de resistencia que se crean en cada confrontación» (Martín, 1988: 10-11).

El debate que hemos presentado aquí sobre las estrategias gays y lesbianas de asimilación y afirmación refleja pormenorizadamente las promesas y las trampas que acompañan cualquier intento de alterar las relaciones de poder. Hemos argumentado que la agencia, sea cual sea la forma en la que emerja, sólo puede entenderse como una estrategia en y de sí misma. Sólo mediante una multiplicidad de estrategias, trabajando simultáneamente en un campo de poder determinado, puede terminar ocurriendo cualquier transformación. A pesar de las expectativas de muchos grupos activos, el cambio no es nunca inmediato ni claramente discernible; por el contrario, las transformaciones suceden lentamente como resultado de muchas modificaciones parciales que se dan simultáneamente en el campo de poder. A pesar de las aparentes contradicciones y limitaciones, pensamos que estas modificaciones parciales son nuestra mejor esperanza para un nuevo mañana.

NOTAS

¹ N.T.: *Act-up* es el acrónimo de *AIDS Coalition To Unleash Power* (Coalición Sida para Desencadenar Poder) y literalmente significa «hacer travesuras», «hacer de las suyas».

² N.T.: *Queer* significa «raro, extraño, excéntrico, sospechoso» y «maricón». Quizá la traducción más afortunada para este término en castellano sería «raritos». Optamos por mantener el término inglés por haberse incorporado así a la literatura en castellano.

³ Ver nota anterior sobre el significado del término *queer*.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDREWS, K. (1995). «Ancient Affections: Gays, Lesbians & Family Status», en K. Arnup (ed.), *Lesbian Parenting*. Charlottetown, Canada, Gynergy Books.
- BAWER, B. (1993). *A Place at the Table: The Gay Individual in American Society*. Nueva York, Poseidon Press.
- BOURDIEU, P. (1990). *The Logic of Practice*. Stanford, Stanford University Press.
- BUTLER, J. (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York y Londres, Routledge.
- CHRISTENSEN, C. W. (1997). «Legal Ordering of Family Values: The Case of Gay and Lesbian Families», *Cardozo Law Review* 18:1299-1416.
- DALTON, H. L. (1991). «Reflections on the Lesbian and Gay Marriage Debate», *Law & Sexuality* 1: 1-8.
- EPSTEIN, S. (1994). «A Queer Encounter: Sociology and the Study of Sexuality», *Sociological Theory* 12: 188-202.
- ETTELBRICK, P. L. (1993). «Who is a Parent?: The Need to Develop a Lesbian Conscious Family Law», *NYLS Journal of Human Rights* 10: 513-553.
- FOUCAULT, M. (1970). *The Order of Things*. Nueva York, Vintage Books.
- (1972). *The Archaeology of Knowledge*. Nueva York, Pantheon.
- (1980). *The History of Sexuality*, vol. 1. Nueva York, Vintage.
- GAMSON, J. (1996). «Must Identity Movements Self-Destruct?: A Queer Dilemma», en S. Seidman (ed.), *Queer Theory/Sociology*. Cambridge, Massachusetts, Blackwell Publishers.
- GOLDSTEIN, R. (1997/98). «Temptations of Assimilation», *Gay Community News*, otoño/invierno: 28-9.
- «In the Matter of the Adoption of the Child Whose First Name is Evan», 583 N.Y.S.2d 997 (N.Y. Sur. 1992).
- KITZINGER, C. (1989). «Liberal Humanism as an Ideology of Social Control: The Regulation of Lesbian Identities», en J.G. Shotter, Kenneth (ed.), *Texts of Identity*. Londres Sage.
- MARTIN, B. (1988). «Feminism, Criticism, and Foucault» en I.D.L. Quinby (ed.), *Foucault: Reflections on Resistance*. Boston, Northeastern University Press.
- POLPLIN, D. (1997). «Truth? You Can't Handle the Truth», *Gay Community News*, verano: 6-9.
- POSTER, M. (1992). «The Question of Agency: Michel de Certeau and the History of Consumerism», *Diacritics* 22: 94-107.
- ROBSON, R. (1992). «Mother: The Legal Domestication of Lesbian Existence», *Hypatia* 7: 172-185.
- SALHOLZ, E.; CLIFTON, T.; JOSEPH, N.; BEACHY, L.; ROGERS, P.; WILSON, L.; GLICK, D.; KING, P. (1990). «The Future of Gay America», *Newsweek*, marzo 12, pp. 20-25.
- STEIN, A. y PLUMME, K. (1994). «I Can't Even Think Straight: "Queer" Theory and the Missing Sexual Revolution in Sociology», *Sociological Theory* 12:178-187.
- VAID, U. (1997/98). «Thoughts on the Movements Style», *Gay Community News*, otoño/invierno: 8-11.
- VALENZUELA, T. (1997/8). «Gen-X Speaks», *Gay Community News*, otoño/invierno: 48-53.
- VICTOR, S. B. and FISH, M. C. (1995). «Lesbian Mothers and Their Children: A Review for School Psychologists», *School Psychology Review*: 456-479.
- WESTON, K. (1991). *Families We Choose: Lesbians, Gays, Kinship*. Nueva York, Columbia University Press.
- WILSON, E. (1993). «Is Transgression Transgressive?» en J.B.A.R. Wilson (ed.), *Activating Theory: Lesbian, Gay, Bisexual Politics*. Londres, Lawrence & Wishart.